

Políticas culturales para Cartagena de Indias Antípodas para una cultura proscrita

Alberto Abello Vives¹

Documento de trabajo en construcción.
Versión para presentación preliminar
en Pensar Cultura 2014
No citar, no copiar, no divulgar.
Versión 5: 12 de junio de 2014

(...) y los más osados sobre la constitución de las diferencias [socioeconómicas] conocen que esta reside, más que en rasgos genéticos o culturales esencializados (la lengua, costumbres heredadas e inamovibles), en procesos históricos de configuración social.
Néstor García Canclini

Introducción

Presento ante este Foro, un primer borrador de lo que pueden ser unos lineamientos para nuevas políticas culturales de Cartagena de Indias, las cuales necesariamente habrían de reconvertir una larga tradición de proscribir las culturas afrocaribeñas, que planteo como mi hipótesis de trabajo para este examen.

Estas ideas las presento, con la brevedad que exige esta intervención, destacando una serie de momentos de los dos últimos siglos de la historia cartagenera que considero significativos para sustentar la hipótesis, pero que estoy seguro ameritan mayor profundización y debate. Lo que aquí presento es apenas una primera exploración, en busca de conexiones, sobre la posible existencia de una continua y sistemática estrategia de distintos grupos sociales que, con una ideología heredada o asumida para el ascenso social, han estado en el poder y que, durante dos siglos de desarrollo urbano, han temido, alejado,

¹ Agradezco a María Teresa Ripoll, historiadora de la ciudad y gestora de la Fototeca de Cartagena, las imágenes fotográficas que acompañan esta ponencia. A Rodrigo Arteaga sus atinados consejos sobre la ciudad y su cultura luego de analizar un primer borrador. Agradezco igualmente a Gina Ruz Rojas y Ariel Castillo la información aportada para enriquecerla. A Dina Candela y Lidia Blanco sus aportes para ampliar el examen, lo que permitió una mayor comprensión de los fenómenos estudiados. A Gladys Pérez, la información dada sobre la ciudad.

desconocido, subvalorado, desechado y proscrito la cultura de las comunidades afrodescendientes de la ciudad.

Sostengo que al ser derrotados los sectores más radicales de la independencia de Cartagena de Indias alcanzada en 1811, con el sitio de Morillo y la posterior retoma de la ciudad, toman fuerza al transcurrir las décadas subsiguientes las ideas menos radicales y con ellas los temores de los patricios frente a los pardos (mulatos y negros). Con el correr del siglo XIX, quienes asumen el papel de élites políticas de una ciudad empobrecida, despoblada y en crisis, terminan compartiendo el imaginario de las culturas nacionales que se construye con el surgimiento de la nueva nación colombiana. Unos imaginarios que, como han sido estudiados por distintos autores, descalificaron el mundo y la cultura caribes en aras de un país católico, hispanoparlante, mestizo, con la aceptación de una mirada eurocéntrica del mundo y pensado desde las alturas andinas tan distantes de la llanura caribe. Más tarde, el siglo XX sería el siglo de la reproducción incesante de los estigmas frente al Caribe en una historia también documentada.

La simbiosis entre los imaginarios de nación de las élites andinas y los imaginarios culturales de las élites cartageneras daría como resultado una cultura proscrita. Utilizo varios ejemplos de cómo a lo largo del siglo se subvaloran las expresiones culturales populares, se practica el racismo, se exaltan nuevos valores derivados de la idea de cultura asociada a las buenas maneras para “saber vivir en civilización”², se imponen nuevos certámenes y festejos que suplantán las fiestas populares³, y se adelantan “renovadores” proyectos urbanos en lugares representativos de la vida cultural afrocaribeña y popular, que rompen el tejido social.

Y de eso se trata esta ponencia. Sostengo que buena parte de las tensiones de las políticas culturales locales actuales está asociada a ello. Han sido el resultado de décadas de construcción. Por lo que unas nuevas políticas culturales requerirán igualmente mucho tiempo para avanzar e instalarse. Aquellas fueron una construcción social, las que hoy

² Ver De León Lino M. *El buen tono*.

³ Ver Gutiérrez Edgar, *Fiestas: Once de noviembre en Cartagena de Indias*.

analizaremos en este foro serán también una construcción social y muy seguramente habrían de tomar la senda contraria a la hasta ahora andada. Tamaño reto!

Un marco conceptual general

Empecemos recordando el trabajo del antropólogo Carl Henrik Langebaek, actual vicerrector de la Universidad de los Andes, publicado en *El Caribe en la nación colombiana* bajo el sugerente título *Pasado indígena en la Costa Caribe, interpretación en cinco actos*. Langebaek sostiene cómo la Costa Caribe colombiana, desde la aparición e inferiorización de la idea del “Nuevo Mundo” frente al “Viejo Mundo”, hasta el siglo XX ha sido inferiorizada por cronistas y conquistadores, líderes de la independencia, viajeros, élites criollas, intelectuales y gobernantes. “(...) *Las élites criollas no sólo desarrollaron la idea de una civilización posible en los Andes, sino que explícitamente opusieron esa posibilidad a la Costa*” -asegura Langebaek⁴. Durante 500 años, y en las distintas etapas que han conducido a la Colombia de hoy, se han presentado continuidades de las primeras miradas colonizadoras que hicieron aquellos “ojos imperiales”. Miradas con distintas ópticas y fórmulas que han negado, subvalorado o invisibilizado aquellas identidades distintas a la de las culturas dominantes. Termina diciendo Langebaek Rueda: “(...) *en el caso de la Costa Caribe unos cuantos “efectos de verdad” parecen reproducirse desde el siglo XVI hasta nuestros días. Por un lado las élites andinas impusieron una interpretación de su historia prehispánica como inferior a la “propia”. Por otro lado, desde muy temprano en la colonia las propias elites costeñas aceptaron y reprodujeron ideas sobre “su” pasado a partir de referentes foráneos, unas veces –las más- para denigrarlo*”.⁵

Lo que pasa en Cartagena no es ajeno a ello. En nuestro caso nacional, la derrota del liberalismo radical decimonónico y el ascenso de las fuerzas más conservadoras del país, a la cabeza del cartagenero Rafael Núñez, implantan *La Regeneración* que redacta la constitución centralista de 1886, devuelven a la iglesia católica la educación y los derechos civiles de los colombianos, exaltan la herencia hispana, especialmente su lengua castellana

⁴ Karl Langebaek, “Pasado indígena en la Costa Caribe”. P. 46

⁵ Karl Langebaek, “Pasado indígena en la Costa Caribe” pp 61-62

y su cultura y consideran las tierras tropicales y sus culturas como no aptas para la civilización.

La *Regeneración* y la posterior hegemonía conservadora que sólo termina en 1930 ocasiona precisamente esa definitiva simbiosis entre la cultura de las élites locales de Cartagena y las élites nacionales. En los pasajes del primer capítulo de *El amor en los tiempos del cólera* García Márquez narra la asimilación de las maneras, usanzas y gustos europeizantes de las elites bogotana por parte de las élites cartageneras del momento. Quisiera invitar a la lectura de “El buen tono” del cartagenero Lino M. de León, publicado en Barcelona en 1898, de lectura en la ciudad, en el que se exaltan las “buenas” costumbres la etiqueta (entre ellas la caballerosidad, la elegancia, el bien hablar, las buenas maneras y gestos), se define el ideario de lo “culto” y el ideal de progreso.⁶ Me pregunto si es por ello que Gabriel García Márquez identificaba a los cartageneros, refiriéndose a las élites, como los cachacos de la Costa (refiriéndose igualmente a las élites bogotanas). De todos modos, a los ojos de hoy, se inculca una idea de cultura asociada a la moral y a “*las prácticas de civilidad y de la cortesanía que constituyen el savoir vivre del hombre en otras sociedades afortunadas*” - dice don Pablo Bustillo en el prólogo a *El buen tono*.

De la ciudad cosmopolita a la cultura proscrita

Permítanme retroceder el reloj de la historia local brevemente. En la reconstrucción historiográfica del Caribe colombiano y de Cartagena de Indias son muy pocos los estudios que dirigen la mirada al enorme espacio marítimo que entre las Antillas y la Tierra firme conforma el Gran Caribe y en el que existieron interconexiones poblacionales y territoriales que muestran un espacio mucho más dinámico que al hasta ahora conocido. Recientemente empiezan a aparecer interesantes estudios que voltean la mirada al mar y en ese intento surgen nuevas visiones sobre la región, pero particularmente sobre Cartagena.

En uno de los más recientes libros de historia sobre la Cartagena en la transición de la colonia a la república y particularmente durante la llamada Era de las Revoluciones, el historiador Edgardo Pérez Morales en su libro *El gran diablo hecho barco* asegura que para

⁶ Lino M. De León. *El buen ton*.

1811, año cuando la ciudad declara la independencia definitiva a España y se convierte en Estado soberano, “*Cartagena era por derecho propio y desde antaño, una ciudad del Gran Caribe.*”⁷ Durante los cuatro años de independencia, hasta el terrible sitio de Pablo Morillo, la ciudad es reconocida en la gran cuenca del Caribe como el nuevo paradigma anticolonial, luego de la independencia de Haití. Se convierte en una ciudad multicultural y cosmopolita, que asume el curso para compensar la eliminación del situado fiscal del que vivió durante la colonia, y con ello una población de marineros, negros y mulatos, parlantes de muchos idiomas hacen suya la ciudad. Las expediciones con bandera cartagenera fueron en número no desestimable. Dice el profesor Pérez que durante 1813, el año dorado del corso, “los corsarios cartageneros apresaron por los menos cuarenta y una embarcaciones españolas”.⁸

Continua Pérez: “tras la irrupción de mulatos en la vida política de Cartagena después de 1810, los notables blancos habían calificado este sector compuesto por militares y artesanos principalmente como una “clase peligrosa” o “ multitud peligrosa””⁹ Pero, “con la derrota de las fuerzas del Estado de Cartagena se extinguieron los días de la ciudad cosmopolita. Cartagena había sido un vibrante enclave revolucionario de dimensiones atlánticas que sustentó un corso robusto y aguerrido contra España y que otorgó ciudadanía, refugio y oportunidades a personas de diversa procedencia”¹⁰

En el ala más conservadora de la independencia se encontraba José Ignacio de Pombo, quien “era amigo de la emigración de europeos blancos y católicos, destinados a la amistad con los españoles, al contrario de la importación de aquéllos a quien él consideraba bárbaros africanos, destinados a ser enemigos naturales de las personas de su posición social”¹¹ Esto sintetiza la idea de los patricios cartageneros sobre la población de color. Es la idea que perdura, luego de que ese zambo guajiro, de padre negro y madre indígena, José Padilla, liberara definitivamente la ciudad aquella noche de san Juan (24 de junio) de 1821.

⁷ Edgardo Pérez Morales. *El gran diablo hecho barco*. P.155

⁸ P 125

⁹ P 97

¹⁰ P 112

¹¹ P 137

Contra los revolucionarios negros y mulatos se construye la idea del miedo, del temor a hacer en la nueva nación una revolución del corte de la haitiana. Idea que comparten las elites cartageneras con los líderes de la nueva república. Recordemos que Padilla es mandado a ahorcar y fusilar, acusado de conspirador y sin juicio previo, por órdenes de Bolívar. Padilla, como Romero, desaparecen de la historia de la ciudad, de sus hitos urbanos. Cartagena los borra, como el país borró de su historia a estos héroes negros y mulatos, así como la participación de los sectores populares en la independencia, y le volteó la espalda a Haití, la simbólica y heroica isla, que tantos servicios había prestado a la causa de los revolucionarios granadinos.

Los primeros historiadores de la ciudad tuvieron especial atracción por el período de la independencia, explayándose en el relato pormenorizado de los acontecimientos, especialmente por el sitio impuesto a Cartagena por Pablo Morillo, que le mereció el título de “ciudad heroica”. Se escribe una historia épica, sobre la acción de un puñado de hombres, sin analizar los procesos sociales subyacentes que contribuyeron a darle combustión a la emancipación.

Para la historiografía tradicional, Pedro Romero y los lanceros de Getesemaní son manipulados “como animales arrastrados a la revolución”, cuando otras fuentes permiten establecer que el mulato cubano era una persona respetada por el pueblo y hacía parte, como Remigio Márquez y tantos otros, de un grupo de negros y mulatos instruidos. Reduce la dinámica interna del movimiento independentista a una confrontación entre dos sectores del patriciado, los toledistas y piñeristas, cuando la realidad es que la élite actuó monolíticamente a favor de una salida moderada, ni uno sólo, según Múnera, exigió la independencia absoluta. Esta visión impidió *...dirigir la mirada hacia la participación de otros grupos y comprender mejor la naturaleza de las élites en el conflicto.*

En *El fracaso de la Nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano 1717-1810*, Alfonso Múnera plantea que la nación colombiana no fue el producto de un consenso político entre los distintos grupos de criollos que ocupaban el Nuevo Reino, porque tal unidad política no existió nunca. Al estallar la independencia, dice Múnera, lo que había en Nueva Granada eran varias élites regionales con proyectos políticos diferentes, y en

algunos casos enfrentados a una lucha por el poder, como el caso de Cartagena y Santa Fe. Además, en la defensa de esta hipótesis, Múnera muestra que tampoco a nivel regional existía un proyecto político homogéneo, poniendo de presente los conflictos socio-raciales subyacentes en el movimiento independentista de Cartagena.

La *Regeneración*, al final del siglo XX, que elimina la Colombia federal y la centraliza es el punto de inflexión en el que a partir de allí se consolida una alianza política entre el centro y la Costa y con ello resultan enriquecidos los imaginarios nacionales que discriminan a la población del Caribe. Estaba ya allanado el camino, dadas las condiciones, para la proscripción de la cultura afrocaribeña.

De las fiestas populares al certamen de la belleza colombiana

El más importante y definitivo paso en el desconocimiento y la discriminación contra la población cartagenera portadora de culturas afrocaribeñas ha sido la crisis a la que fueron llevadas las fiestas populares mientras la ciudad y el país se congraciaron con el reinado nacional de la belleza.

Historiadores y antropólogos han narrado la existencia de fiestas en la ciudad desde el siglo XVII. Durante los cabildos, de tradición africana, se realizaban bailes y fiestas acompañados por los tambores durante la colonia. Esas celebraciones convergieron inicialmente con las fiestas de la Virgen de la Candelaria, patrona de la ciudad, en febrero, o en los mismos carnavales. Al conmemorarse la independencia de la ciudad la celebración patriótica se fue volviendo fiesta, que al lado de las celebraciones republicanas y religiosas trajeron el goce carnavalero de los comienzos del año. Las fiestas de la ciudad pasaron a la conmemoración de la independencia, de ahí su denominación como Fiestas Novembrinas o del 11 de noviembre.

Según el investigador Enrique Muñoz “las primeras celebraciones del 11 de noviembre... llevaron el sello distintivo de lo marcial – himnos y marchas militares-, discursos patrióticos y alegorías a los emblemas republicanos, acompañados de misas solemnes y del célebre Te Deum, para conmemorar la hazaña libertaria del pueblo insurrecto. Todo ello se mezcló con la irreverencia de la mascarada carnavalera que se insinuaba desde 1812 y que

posteriormente iría tomando diversos matices, hasta que en 1860 los carnavales de Cartagena comenzaron a mostrar sus primeras fisuras...”

Se sabe que Cartagena de Indias durante el siglo XIX, luego de la independencia, entró en un profundo letargo, crisis económica y disminución de su población. Al lado, Barranquilla, emergió como la metrópoli del siglo XIX al vaivén del comercio exterior. Amplias capas sociales de ciudades como Cartagena y Santa Marta, así como de los pueblos ribereños, fueron conformando este puerto fluvial y marítimo, como lo es Barranquilla. En ese viaje, van también las músicas y danzas afrocaribeñas y mestizas cartageneras, van los disfraces y los congos para quedarse allá. Ya en el siglo XX, mientras Cartagena ve decaer sus fiestas populares, Barranquilla conquista la declaratoria de Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad para ese carnaval al que atrajo a toda la región Caribe de Colombia

Se conoce el acontecer de las fiestas novembrinas durante el siglo XX, siglo en el que fueron languideciendo paulatinamente mientras procedía la instauración del Concurso Nacional de Belleza, un evento concebido desde la empresa privada para elegir la Reina Nacional de la Belleza, en el que los sectores populares no se vieron representados, con fuertes articulaciones empresariales y políticas nacionales, con gran visibilidad ante los medios de comunicación a tal punto que los colombianos de hoy recuerdan al noviembre de Cartagena como el tiempo del reinado (el tiempo para la elección y coronación de la “soberana de la belleza colombiana”): en una Encuesta Nacional de Cultura, realizada hace algunos años, aparece como el segundo evento cultural de mayor recordación de los colombianos. No en vano desde que comienza el segundo semestre de cada año, los medios impresos y televisivos se llenan de información sobre las elecciones departamentales de cada reina que irá en noviembre en Cartagena para concursar por la corona y el cetro de la reina colombiana. El 11 de noviembre es olvidado como el día de conmemoración de la independencia de Cartagena y las fiestas conmemorativas son recordadas más como la elección y coronación de la Miss Colombia.

El investigador Edgar Gutiérrez en su libro *Fiestas: Once de noviembre en Cartagena de Indias* recupera comentarios de prensa de la primera mitad del siglo XX, en los que no siempre se expresa simpatía por los festejos novembrinos, así como las disposiciones del Consejo Municipal prohibiendo bailes y músicas sobre los que construye la hipótesis sobre la responsabilidad de las elites locales en la crisis a la que finalmente fueron conducidas las fiestas novembrinas.

Rescata Gutiérrez una columna de El Mercurio fechada el 17 de noviembre de 1928 en la que el columnista Ludovico escribe:

Hace ya más de 10 años don Gabriel Eduardo O'Byrne, conversaba conmigo en el Parque Bolívar, una noche de "plazuela", y me decía: "Estas fiestas populares para conmemorar la independencia, tendrán que acabarse algún día. Esto (se refería al espectáculo de la plazuela) es una exhibición de incultura que poco a poco con el tiempo, irá desapareciendo para cederle el paso a otros espectáculos de carácter más serio y demuestren el adelanto y no la regresión, como ahora. Exposiciones, certámenes, olimpiadas, etc., eso es lo que en todos los países cultos se estila para celebrar los hechos memorables de la historia". Don Gabriel tenía razón –continúa Ludovico- y una prueba de ello es que ya han desaparecido los "buscapiés", que no eran sino instrumentos de barbarie. También se ha obtenido ya que el día once de noviembre no haya disfraces, o que al menos se decrete su prohibición. Ahí vamos poco a poco como decía él; pero todavía queda mucho por hacer, todavía queda el tamborito indígena que da a las fiestas cierto matiz de danza salvaje. ¿Puede haber cosa más desagradable y más vergonzosa que esas comparsas encabezadas por un tambor, un triángulo y un rayo, y formada por una banda de gorriones, ebrios, mal trajeados, que se cuelean en los parques atropellando a los señores y los niños, y cantando vulgaridades, cuando no indecencias? Esto ha debido desaparecer primero que los buscapiés o junto con ellos" (Gutiérrez, 2000)

En cuanto a la prohibición de disfraces, Gutiérrez trae a colación el decreto firmado por el alcalde Enrique Grau (publicado en La Época, el 10 de noviembre): *"No se permitirán disfraces que ofendan la moral, que remeden a determinadas personas, que lleven insignias eclesiásticas, militares o policivas; el uso de pintura que manche los vestidos a las personas; arrojar cohetes o voladores a los balcones, parques y demás lugares donde*

puedan causar daño, los que infrinjan estas disposiciones serán conducidos al cuartel de policía y permanecerán allí hasta cuando hayan terminado las festividades...” (Gutiérrez, 2000)

En 1921, el presidente del Concejo Municipal Simón Bossa expide el Acuerdo No 12 en el que *“queda prohibido en la ciudad y en los corregimientos del Pie de la Popa, Manga, Espinal, Cabrero, Pekín, Quinta y Amador, el baile conocido con el nombre de cumbia o mapalé...”*

Ahora bien, las fiestas de noviembre encarnan precisamente la metáfora viva de la independencia y son al mismo tiempo una de las expresiones patrimoniales más cruciales de Cartagena, surgidas como el resultado de una manifestación política insurgente y la participación de los sectores subalternos de la ciudad.

Las fiestas afrontaron durante el siglo XX una crisis de identidad histórica y festiva, fueron reducidas a una condición subalterna frente al Concurso de Belleza, como se ha anotado arriba. Sus espacios y actores principales fueron fragmentados y los sectores populares expresaron su inocultable falta de apropiación.

El ciudadano cartagenero dejó de apropiarse de la fiesta porque ella no respondía a sus intereses ni al carácter multiétnico y pluricultural de la sociedad y la cultura locales. Por ejemplo, muchos sectores medios aun huyen de la ciudad cada noviembre como temiéndole a una peste innombrable. La fiesta se volvió ajena, impersonal y fragmentada, con episodios de desencuentro y violencia, y trocó sus riquezas expresivas por el tristísimo papel de espectadores mediáticos ante realezas y majestades que poco tienen que ver con el sustrato de la fiesta de Independencia, como ahora llamamos a las novembrinas, multclasista, imaginativa, llena de colores, efusiones, intercambios, irreverencias y gozos.

El año 1957, cuando una miss Colombia proveniente del certamen de la belleza cartagenero obtiene el título de Miss Universo, el concurso se consolida como evento nacional, adquiere respaldo de los gobiernos territoriales y amplia financiación pública y privada. A partir de esa fecha las fiestas novembrinas consolidan su posición de subalternas del certamen de la belleza para entrar más adelante en una profunda crisis, y sólo hasta finales del siglo XX

empiezan un proceso deliberado de revitalización. Destaco la labor de Gimaní Cultural y del Comité de Revitalización de las Fiestas de Independencia, entre tantos decididos cartageneros que contribuyeron a que durante el bicentenario de la Independencia en 2011, las fiestas alcanzaran su máxima expresión.

Valoración del patrimonio material, subvaloración del patrimonio inmaterial

Luego de examinar el fenómeno de la principal expresión social de la ciudad como son sus propias fiestas, detengámonos entonces a examinar algunos sucesos trascendentales de la Cartagena del siglo XX que a nombre de la renovación urbana, fracturan el tejido social y dan continuidad a la subvaloración de las expresiones afrocaribeñas y populares. Son dos eventos de erradicación de importantes sectores sociales del espacio urbano que ocupaban, asociados a la construcción de la ciudad moderna: me refiero al barrio Chambacú y al mercado público de Getsemaní.

1. Chambacú dejó de ser aquel “corral de negros” para ser un lote de engorde y, así como los barrios Pueblo Nuevo, Pekín y Boquetillo - adosados a la muralla- , o como la Casa del Obispo, un proyecto habitacional popular de la Obra Pía a la espalda de la iglesia de Santo Domingo, fue erradicado. Entre el centro amurallado y el fuerte de San Felipe se encontraba un populoso barrio, donde vivía un importante núcleo de población afrocolombiana. Fue estigmatizado al ser refugio de maleantes, como un barrio temido e inseguro. A nombre del progreso y la salubridad se reubicó a su población y sus palas se hicieron cargo de la limpieza del terreno, el proyecto fue conocido como la erradicación de Chambacú. Décadas después éste no ha sido incorporado satisfactoriamente a la dinámica de la ciudad. El caso de Chambacú es un ejemplo local del fracaso de los llamados procesos urbanos de renovación con bulldozeros tan en boga en los Estados Unidos en la década de los cincuenta, pero tan cuestionados una década después. La renovación de las ideas que trajo la década de los sesenta en el mundo introdujo la crítica a estos modelos. Pero en Cartagena esta visión perduró, e iluminó una Oficina de Erradicación de Tugurios, hasta entrada la segunda mitad del siglo XX.

La muralla y el espacio entre ella y San Felipe fueron así “limpiados” para dar paso a la carrera que terminaría años más tarde en la declaración de la Unesco que consagra a todo el sistema de fortificaciones de la ciudad como Patrimonio de la Humanidad.

2. El segundo caso es la erradicación del Mercado Público de Getsemaní, lugar de encuentro de culturas, epicentro del abastecimiento de alimentos, de trabajo de artesanos y de comercio minoritario. Un lugar de expresión del patrimonio inmaterial. El mercado fue trasladado a Bazurto para dar paso también a la renovación urbana. En este caso, para limpiar el espacio, y dar paso, más adelante, a la construcción de un centro de convenciones, uno de los pilares de la estrategia de promoción. El mercado fue trasladado, sin haberse resuelto eficazmente los problemas de comercialización mayorista y minorista de alimentos de la ciudad. Hoy, mientras Chambacú, aún es un lote de engorde, el nuevo mercado de Bazurto presenta los mismos problemas del anterior mercado de Getsemaní.

En estos casos ocurre:

1. Se trataba de conglomerados culturales importantes para el tejido social de Cartagena.
2. La consideración social de ser espacios insalubres, inseguros e inestables, que obstaculizaban el progreso.
3. El alejamiento social de poblaciones de capas sociales afrocaribeñas empobrecidas de los espacios llamados a ser valorados: el centro colonial y el sistema de fortificaciones.
4. La aplicación del criterio de la renovación a punta de bulldozeros para “limpiar” la ciudad y abrirle paso al desarrollo urbano.
5. Los erradicados, portadores del gran patrimonio cultural inmaterial de la ciudad fueron alejados del patrimonio material.
6. La participación decidida de las élites en su gestación y de los gobiernos local y nacional en su ejecución.

7. Luego de ellos, la promoción turística de la ciudad se consolida como estrategia redentora de la economía para bienestar social.

Recordemos que durante los últimos cincuenta años, con el objetivo de hacer de Cartagena de Indias una ciudad turística, objetivo alcanzado con reconocido éxito, han sido necesarias políticas culturales nacionales y locales para la puesta en valor, conservación, valoración, disfrute y apropiación del patrimonio cultural material de la ciudad. Mientras tanto, el patrimonio inmaterial o se invisibiliza o simplemente se pone en escena para engalanar el patrimonio material o promover el turismo sin una decidida política pública para su puesta en valor. La danza y la música se convierten en recursos formidables para la puesta en escena frente al sistema de fortificaciones.

La valoración del patrimonio material privilegia la arquitectura doméstica, las fortificaciones y la historia oficial: privilegia lo tangible, lo pétreo. Destaca la herencia hispánica y el heroísmo de Cartagena en la construcción de nación. Emerge la idea de ciudad vieja como espacio de élites que se recuerda con nostalgia. Nos encontramos por todo ello ante un profundo desbalance de las políticas culturales de fomento al patrimonio inmaterial frente a las dirigidas hacia el patrimonio vivo, inmaterial. La ciudad refleja también, por supuesto, la ausencia de un adecuado reconocimiento internacional sobre el tema reflejado en las declaratorias de la misma Unesco que tardíamente reconoce la importancia y declara frente al patrimonio inmaterial. Se consolida el centro colonial, el casco antiguo, como el más bello de los escenarios construidos de Colombia para el turismo a tal punto de ser, en estos tiempos de globalización, la sede de eventos culturales de gran factura, magnífica calidad y estética, envidiados en otros ámbitos, que por su carácter de ser ideados fuera de la ciudad, no ser producto del entramado de la vida cultural local y por sus débiles articulaciones con las dinámicas sociales, hacen que nos preguntemos si en ciudades con formaciones económicas y sociales distintas éstos mismos eventos podrían realizarse como ocurre aquí

Recordemos aquella declaración del cantante senegalés que preguntó qué se hicieron los africanos de Cartagena, cuando había venido a cantarles en el concierto inaugural de un

festival de literatura en 2008. Veo con buenos ojos que este foro se realice precisamente para facilitar el conocimiento mutuo y el encuentro de las distintas lógicas que entran en tensión ante tales circunstancias.

Cultura proscrita

Déjenme complementar lo planteado en materia cultural con las características sociales y económicas de la ciudad.

Contrario a las cifras espeluznantes sobre lo pobreza y la desigualdad en Cartagena, que de cuando en cuando preocupan a los medios de comunicación que ceden los minutos de su distracción con el paso de la banalidad por estas tierras, para tomar unas fotos de nuestras “villas miseria”, la promoción turística anuncia que Cartagena es El Paraíso, una ciudad limpiada, llena de oportunidades, donde su historia y su cultura se ponen en escena. Una ciudad donde para los hacedores de la burbuja inmobiliaria más reciente, la historia apenas comienza. Las ilustraciones que se muestran dan fe de todo ello.

Repito, se subvalora el patrimonio inmaterial, lo intangible, los aportes de sus hijos, sean ellos escritores, peloteros, artistas (como el gran Joe Arroyo quien, por ejemplo, habiendo nacido aquí canta: “en Barranquilla me quedo”), su gastronomía, la vida de los barrios. Se toma distancia de lo “sucio”, afrocaribe, popular, lo que está por fuera del paraíso, lo que ha sido excluido: Veamos la imagen de la palenquera diciendo “quiero ser parte de una ciudad histórica y colonial”, como si no lo fuera. Podríamos seguirle la ruta a los erradicados, desplazados o reubicados al construirse la ciudad moderna y globalizada y encontraríamos que cada vez es mayor su alejamiento de las postales para la promoción turística.

En esos cincuenta años ha ocurrido la expulsión del paraíso de amplios sectores y otros tantos no son incluidos. Entre ellos, una real valoración en la ciudad de la obra de Gabriel García Márquez. Habiendo sido Cartagena la ciudad que acoge al joven Gabo en 1948, luego del Bogotazo, y en la que adelanta un primer período fructífero como aprendiz de periodista y escritor, la ciudad presta poca atención a su paso por estos lares. Ni siquiera el

éxito de la idea de la existencia de un “grupo de Barranquilla”, como el grupo intelectual germinal en la vida literaria garciamarqueana, acuñada inicialmente por el crítico francés Jacques Gilard la trasnochó, cuando aquí antes que en Barranquilla, como lo descubre Jorge García Usta, se encontró el joven García Márquez con un grupo de personas, entre ellas, Ibarra Merlano, Rojas Herazo, Zabala y Zapata Olivella, figuras de alto calibre en el periodismo y las letras colombianas y con quienes departió preocupaciones y compartió lecturas y aprendizajes.

García Márquez dedica más de 7 páginas en sus memorias *Vivir para Contarla* a un lugar en el antiguo mercado público de Getsemaní, llamado la Cueva, atendido por un hombre de una belleza casi femenina; lugar al que llegaban luego de cerrar El Universal a las cinco de la tarde. Pero, luego del bulldozer limpiando el viejo mercado, la ciudad olvidó ese comedor popular dentro, como no valoró el paso del futuro Nobel por uno de los diarios locales. Por el contrario, a pesar que que GGM aseguró en repetidas ocasiones que no conoció La Cueva barranquillera y cincuenta, donde sí iban sus amigos bohemios y artistas, Barranquilla se ha esforzado en reconstruir ese punto para la memoria urbana, mientras que la Cueva de Cartagena pocos la recuerdan.

Me voy a permitir transcribir la siguiente nota que refleja la confirmación de esta actitud:

"En 1976 el Colegio Cooperativo Vicente Hondanza del municipio de Morales da a su biblioteca el nombre de “Gabo”. El secretario de Educación [de ese entonces] (...) ordena el cambio de nombre de la biblioteca. El decreto dice: "Esta Secretaría está enterada de que la biblioteca del colegio... de este municipio tiene como nombre Biblioteca Gabo, como este nombre no concuerda con la política educativa del actual gobierno y existiendo prestantes figuras de la historia nacional de mejor prestancia intelectual como Miguel A. Caro, Rufino J. Cuervo, Guillermo Valencia, etc. solicito a usted retirar en forma perentoria la tablilla mencionada, reemplazando el nombre de la biblioteca por cualquiera de los patriotas mencionados".¹²

Recordemos que a quienes sugiere nuestro secretario de educación son las más preciadas figuras del Olimpo conservador de la cultura nacional, andina e hispanófila.

¹² <https://www.facebook.com/cartagenizate?fref=ts>

Pobreza y cultura afrocaribe

Veamos ahora la calidad de vida de los afrocartageneros. Un estudio realizado por el CEER del Banco de la República confirmó cómo los mayores índices de pobreza se localizan territorialmente en aquellos barrios donde la población es mayoritariamente afrodescendiente. Eso lo muestran Aguilera y Meisel en el *documento ¿La isla que se repite?, Cartagena de Indias en el Censo de Población de 2005* (Ver estudio).¹³

Creo que es hora de preguntarse entonces porqué la pobreza y la desigualdad social han sido tan altas y porqué ha afectado más a la población afrocaribeña sobre la que ha recaído históricamente el estigma social. Contrario a lo que siguen pensando ciertos sectores de la sociedad colombiana, no existe evidencia en el mundo que permita asegurar que los pobres son pobres por factores culturales. Como diría García Canclini, son los procesos históricos y no unas características culturales, construidas muchas de ellas desde el estigma y la discriminación, los que nos pueden explicar esa correlación entre pobreza y cultura afrocaribeña en Cartagena. En estudio realizado conjuntamente con Dina Candela, para la Cátedra Unesco de Políticas Culturales y el L+iD, hicimos una revisión teórica sobre el estado de la cuestión sobre la relación entre pobreza y cultura y encontramos que por el contrario, hay múltiples evidencias de cómo las culturas de los pobres hacen parte decisiva en la superación de la pobreza.¹⁴

Los economistas Acemoglu y Robinson en su éxito editorial *Por qué fracasan los países* confirman que “*la causa de que los países pobres sean pobres no es su situación geográfica, ni su cultura ni el hecho de que sus líderes no sepan qué políticas enriquecerán a sus ciudadanos*”¹⁵ La principal causa de la pobreza de las naciones se encuentra en instituciones políticas y económicas de carácter extractivas que transfieren la

¹³ Ver María Aguilera Y Adolfo Meisel, *¿LA ISLA QUE SE REPITE? CARTAGENA EN EL CENSO DE POBLACIÓN DE 2005* Documento de trabajo sobre Economía Regional, CEER, Banco de la República. N° 109 Enero de 2009.

¹⁴ Abello Vives y Dina Candela. “La cultura en la superación de la pobreza”, en Martinell Sempere, Alfons, *Impactos de la cultura en el desarrollo*. Girona: Universidad de Girona, Cátedra Unesco de Políticas Culturales, 2014.

¹⁵ Acemoglu y Robinson, *Por qué fracasan los países*, p, 13

riqueza y el poder a las élites y no son, por lo tanto, inclusivas; “(...) la base de estas instituciones es una élite que diseña instituciones económicas para enriquecerse y perpetuar su poder a costa de la vasta mayoría de las personas de la sociedad”.¹⁶. Argumentan cómo Botswana, luego de su independencia, logró una alta tasa de crecimiento y la más alta renta per cápita de África Subsariana, precisamente “desarrollando instituciones políticas y económicas inclusivas después de la independencia”.¹⁷ Adolfo Meisel, hoy codirector del Banco de la República, ha escrito sobre la importancia de tener en cuenta las tesis de estos dos economistas en la comprensión de la Cartagena contemporánea.

La política cultural de Cartagena está asociada a ese modelo excluyente de institucionalidad económica y política. Luego de la crisis del siglo XIX, la economía presenta un primer y relativo auge económico e industrial a finales de ese siglo y durante la primera mitad del XX, cuando, al decir de Meisel, Cartagena caminó “a remolque de la economía nacional”, pues la “fragilidad del desarrollo industrial cartagenero se vio reflejada en la baja absorción de mano de obra”.¹⁸ El principal motor de la economía local, cumpliendo el litoral Caribe su papel de bisagra entre el centro económico andino y el exterior, fue el puerto. Por ello se habla de una economía local remolcada por la economía nacional. Esto ayuda “a explicar por qué hacia los inicios de la década de 1950, Cartagena se hubiera destacado en el contexto urbano colombiano como una ciudad relativamente pobre y con bajísimos niveles en la cobertura de sus servicios públicos”¹⁹

Durante la segunda mitad del siglo XX, la ciudad vio emerger dos grandes sectores económicos: el sector manufacturero a partir de la instalación de la refinería de petróleo de Mamonal (1957) y el sector turístico. Ambos suficientemente estudiados y caracterizados por sus débiles encadenamientos productivos con el territorio de la ciudad, y por la baja generación de empleo. La actividad turística significó igualmente extracción de rentas, explotación de los recursos arquitectónicos y paisajísticos de la ciudad y la consolidación

¹⁶ P 465

¹⁷ P 477

¹⁸ Adolfo Meisel, “Cartagena, 1900-1950”. p. 53

¹⁹ P. 53

de un modelo para parte de la ciudad, que recibió grandes inversiones públicas y privadas, que no recibió el resto de la ciudad. Mientras, la institucionalidad de la cultura quedó en manos de la Academia de Historia, que durante el período de la dirección de Porras Troconis tuvo al más preclaro de los portaestandartes de la visión hispánica de la ciudad, y la Escuela de Bellas Artes.

Así las cosas, además de la simbiosis de las élites locales con las nacionales, tenemos que durante la segunda mitad del siglo XX se consolidan, a la manera de Acemoglu y Robinson, un conjunto de instituciones económicas y políticas excluyentes que profundizaron la desigualdad. Cartagena inició el siglo XXI con altos índices de pobreza, profunda desigualdad social y altos signos de violencia urbana.

La ciudad que cambia

Pero, ¿qué pasó con las capas medias de la población?, ¿qué pasó con los intelectuales de la ciudad? ¿Qué pasó en el campo de la cultura? Quisiera repasar a vuelo de pájaro algunas respuestas críticas, que han promovido el debate, a la situación de la cultura en la ciudad y que han ocurrido en las últimas tres décadas. En la ciudad han existido voces críticas y alternativas que han estado pendientes de las políticas culturales. La memoria me recuerda tres momentos; pido excusas por las ausencias que obviamente este primer ejercicio y el corto tiempo de esta ponencia producen:

1. La emergencia del grupo En Tono Menor, del que hicieron parte intelectuales y artistas como Jorge García Usta, Rómulo Bustos, Alfonso Múnera, Manuel Burgos, Dalmiro Lora, entre otros. Un grupo crítico de la tradición cartagenera que se abrió paso con sus renovadas ideas sobre la cultura local y caribe.
2. El debate entre dos grandes figuras renovadoras de la ciudad alrededor, precisamente, de la evolución cultural de la ciudad, Álvaro Restrepo y Jorge García Usta ocurrido en 1998.
3. La realización en 1999 del seminario *La cultura en Cartagena, siglos XX y XXI* que además del examen riguroso del estado de la cultura en la ciudad se atrevió a

dibujar, por primera vez, bases para las políticas culturales del comienzo del nuevo siglo. Invito a los asistentes a releer estos materiales.²⁰

4. El “*Foro sobre la política cultural en el Distrito de Cartagena*”, realizado el 25 de mayo de 2006.

Este foro que hoy se realiza, hace parte de esa preocupación de la sociedad civil cartagenera por los senderos que se recorren y las tensiones que se palpan como parte de la vida cultural de la ciudad.

Quisiera resaltar también la publicación del ensayo de Jorge García Usta realizado para la Cámara de Comercio y el Observatorio del Caribe Colombiano. Por primera vez la cultura hacía parte de las discusiones sobre el desarrollo y la competitividad de la ciudad. Su trabajo fue publicado en una serie de documentos sobre la competitividad de Cartagena. El título de la obra sugiere de por sí su contenido: *Competitividad y cultura, ¿cómo reforzar la identidad caribe de Cartagena?*

Así, según García Usta lo que se inicia con la derrota de los sectores más liberales en el siglo XIX, como lo hemos visto, se consolida en el siglo siguiente, en el que “en las discusiones sobre el carácter histórico y cultural de Cartagena, que se sucedieron a lo largo del siglo veinte, las tesis que finalmente predominaron insistieron en la condición atlántica de la ciudad y privilegiaron sus nexos con la herencia cultural española, lo que significó en la práctica de las políticas públicas y culturales de la ciudad la negación del pasado caribe, es decir, la abolición en la divulgación de lo urbano de las realidades étnicas y las relaciones internacionales de sus procesos económicos e históricos, y de la absoluta diversidad de la vida social y los imaginarios urbanos de Cartagena”.²¹

No quiero dejar esta sección sin reconocer el enorme esfuerzo realizado en el proceso de revitalización de las Fiestas de Independencia y los Foros Pensar las Fiestas. He hecho parte del proceso y por lo tanto no me corresponde hablar de él en este momento. Sólo

²⁰ Sobre los temas 2 y 3 de la lista ver Ruz Gina. “De esplendores y decadencias”.

²¹ Jorge García Usta. P 3.

quiero recordar que a pesar de la adversidad hay una ciudad que emerge, rica, diversa, polémica y entusiasta. Hoy, para dar un solo ejemplo, decenas de instituciones educativas y de barrios de la ciudad no se dejan intimidar por las dificultades que año tras año trae la revitalización de las fiestas populares; son, en cambio, la garantía de que las fiestas continuarán por un camino afortunado.

Hay también hoy una ciudad en la que ha ocurrido una emergencia de las clases medias que enriquecen el amplio mundo de la cultura y las artes con sus prácticas y oficios profesionales. Es una ciudad, donde al lado de las expresiones más tradicionales de la cultura encontramos ya una juventud renovadora que se expresa usando su capacidad emprendedora y que no requiere de la “bondad” del Estado para crecer. En ellos podría estar una de las claves del futuro. Este ejercicio de reflexión bien podría volcar su mirada a ellos.

Antípodas de la cultura proscrita

Por lo expuesto atrás, ustedes comprenderán el nombre de esta ponencia: Políticas culturales para Cartagena, antípodas de una cultura proscrita.

Si estamos aquí para la reinención de las políticas culturales locales a las que se les quiere dar otra dimensión, actualizadas de acuerdo a los cambios de paradigmas en el mundo, y para que hagan parte de la construcción de instituciones políticas y económicas inclusivas que rompan a su vez las trampas de la pobreza y disminuyan la desigualdad social, quisiera sugerir:

1. La revisión del concepto de Sistema Cultural local, a partir del cual se ha dado el marco jurídico a la institucionalidad pública rectora de la cultura. Pensar en cultura bajo una perspectiva del desarrollo agranda la idea de un sistema cultural, identifica nuevos componentes, promueve transversalidades y nuevas relaciones intersectoriales. El trabajo de maestría de Armando Alfaro Patrón, para obtener su título de magister en desarrollo y cultura, es un buen punto de partida para este análisis. Sugiero tener en cuenta especialmente:

- a- Las relaciones entre el campo cultural y las instancias de planeación y desarrollo urbano de Cartagena. Los casos de renovación urbana comentados en esta ponencia ameritan la incorporación de la dimensión cultural a las estrategias urbanísticas, que han sido miradas con la lupa del crecimiento económico y no con la de la preservación de las tramas sociales y culturales.
- b- las relaciones de doble vía entre el sector cultural y el sistema educativo. Al menos dos grandes procesos han ocurrido en las últimas décadas:
 - 1) la expansión de la frontera del conocimiento sobre el Caribe colombiano desde el campo de las ciencias sociales, pero este conocimiento no está llegando actualizado a las aulas escolares;
 - 2) la revitalización de las fiestas de independencia, que como ya se comentó tienen como uno de sus ejes las instituciones educativas.
 - 3) el programa Leer el Caribe, de fomento a la lectura, resultante de una interacción afortunada entre educación y cultura.
- c. las relaciones entre cultura y comunicación. El papel de los procesos y medios de comunicación es fundamental para la construcción social.
- d. las relaciones entre el sector cultural y las TIC por su impacto en la construcción en la creatividad, el emprendimiento y la apropiación social del conocimiento, entre otros.
- e. las diversas articulaciones entre el sector turístico y la cultura, que generan impactos positivos y negativos.
- f. los aportes de la cultura a la superación de la pobreza, la lucha contra la violencia y al cumplimiento de los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas.

- g. las articulaciones de la cultura con la construcción de una sociedad amparada en la promoción y cumplimiento de los derechos humanos económicos, sociales y culturales mundiales.
2. El reconocimiento de Cartagena como una ciudad del Caribe, exige una apertura mental en el relacionamiento ciudad-región, es decir de la ciudad con el Caribe colombiano, y de la ciudad con el Gran Caribe. Una estrategia regional e internacional deberían hacer parte de las políticas deseadas.
 3. Centrar el desarrollo en la gente, significa también en materia de políticas culturales acentuar las políticas hacia las culturas vivas, al patrimonio inmaterial, desde la creencia que patrimonio material e inmaterial hacen parte de los mismos procesos históricos y sociales. Pensar un desarrollo centrado en la gente obliga a acentuar las iniciativas para enriquecer la vida cultural de los cartageneros.
 4. Las condiciones socio económicas de la ciudad obligan a tener en cuenta el papel que puede jugar la cultura en la lucha contra la pobreza y la desigualdad social. Igualmente, en la construcción de ciudadanía para la democracia y la convivencia.
 5. El momento histórico que vive Colombia, cercano a la firma de acuerdo de paz, invita a Cartagena a incluir en políticas culturales específicas para el post conflicto: políticas para la memoria histórica, la reparación de víctimas , la convivencia, la inclusión social , productiva y política.
 6. Pensar políticas desde un enfoque cultural del desarrollo invita también a puntualizar el papel de la cultura en la generación de capacidades individuales, sociales, comunitarias e institucionales. El profesor Alfons Martinell realizó un trabajo sobre este tema que puede consultarse en la web www.apl-cultural.com.

Finalmente, conmovido por el interés que ha suscitado este foro, agradezco nuevamente a los organizadores la invitación extendida. Quedo pendiente de conocer los aportes de los participantes y las conclusiones del evento. Mil gracias.

Bibliografía

Abello Vives, Alberto (comp.). *El Caribe en la nación colombiana*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia y Observatorio del Caribe Colombiano. 2006

Acemoglu, Daron y Robinson, James A. *Por qué fracasan los países, los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana S.A, 2013.

Calvo Stevenson, Haroldo y Meisel Roca, Adolfo. *Cartagena de Indias en el siglo XX*. Bogotá: Banco de la República y Universidad Jorge Tadelo Lozano, 2000.

De León, Lino M. *El buen tono*. Barcelona. 1898.

García Márquez, Gabriel. *El amor en los tiempos del cólera*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1985.

García Usta, Jorge. *Competitividad y cultura: ¿cómo reforzar la identidad caribe de Cartagena?* Cartagena: Cámara de Comercio de Cartagena y Observatorio del Caribe Colombiano, 2005.

Gutiérrez S, Edgar J. *Fiestas: Once de noviembre en Cartagena de Indias*. Editorial Lealón, 2000.

Lemaitre, Eduardo. *Historia general de Cartagena*. Bogotá: El Áncora Editores. 2004.

Langebaek Rueda, Carl. “Pasado indígena en la Costa Caribe: interpretación en cinco actos”. En Abello Vives, Alberto (comp.). *El Caribe en la nación colombiana*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia y Observatorio del Caribe Colombiano. 2006

Meisel Roca, Adolfo. “Cartagena, 1900-1950: A remolque de la economía nacional”. En Calvo Stevenson, Haroldo y Meisel Roca, Adolfo. *Cartagena de Indias en el siglo XX*. Bogotá: Banco de la República y Universidad Jorge Tadelo Lozano, 2000.

Múnera, Alfonso. *El fracaso de la nación*. Bogotá: Banco de la República y El Áncora Editores, 1998.

Pérez Molina, Edgardo. *El gran diablo hecho barco. Corsarios, esclavos y revolución en Cartagena y el Gran Caribe 1791- 1817*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2012

Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales, literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Rizo Pombo, José Henrique. *Historia del Centro de Convenciones de Cartagena, gestación y nacimiento*. Cartagena. 2012

Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín, 1999.

Ruz Rojas, Gina. “De esplendores y decadencias”. En Revista Noventa y nueve No. 1. Cartagena, 1999.

Zambrano Pantoja, Fabio. “La construcción del territorio caribe”. En Abello Vives, Alberto (comp.). *El Caribe en la nación colombiana*. Bogotá: Museo Nacional de Colombia y Observatorio del Caribe Colombiano. 2006